

Confía en mí: dicen que estoy loco

Saddyers

Image not found.

Capítulo 1

Aquella noche era una noche como cualquier otra. Mientras permanecía asomado por la ventana de mi cochambroso apartamento en aquel todavía más cochambroso bloque, vigilaba con atención el vehículo sospechoso. Eran las 3:59 a. m. y solo faltaba un minuto para que ocurriese lo que en teoría tendría que ocurrir. Abrí mi segunda lata de redbull de la noche y estreché la mirada sobre el vehículo, a la vez que observaba de reojo el contador del móvil. Solo quedaban cuarenta segundos.

Treinta.

Veinte.

Diez.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno...

Alcé la mirada de nuevo la mirada al BMz gris de cuatro puertas. No pasó absolutamente nada. Eso me enfadó un poco. Deslicé múltiples veces el dedo por la pantalla táctil del móvil, y rápidamente busqué la información necesaria en cierto motor de búsqueda famoso nacido en 1999. Hurgué en los foros comunales de los bloques conlindantes, en especial el del mío: el bloque seis.

"Estoy muy asustada. Casi todos los días, prácticamente a las cuatro de la madrugada, un BMz de mi barrio se enciende solo y se conduce por su cuenta."

"eh , estube curiosereando por la ventana sobre esa hora y tienes razon!!! lo e visto!!! por cierto , eres Ana del bloque seis?? tienes novio?" (Esta hizo que aplastase ligeramente la lata de redbull. Me puso realmente enfermo)

"tonterias, yo tambien estuve al loro durante un par de noches y no pasó absolutamente nada...la que creó este hilo es una attention whore"

"¡Yo sí lo he visto, payaso! A las cuatro justamente. Creo que sucede de manera aleatoria. Ana, yo te creo."

"Que paranoias os montáis por un puto coche. ¿No será un BMz de esos con piloto automático? Tengo entendido que ya han habilitado algunas carriles para ellos por toda la ciudad. Lo que pasa es que estará defectuoso o algo así y por eso se va solo"

"He investigado un poco respecto a lo que has dicho, Caimán3242. Ese modelo en específico no tiene esa clase de función. ¡Ahora sí que tengo miedo! ¿Será un fantasma? Me acercaría a vigilarlo de cerca, pero como que paso de ir sola.

"Yo paso"

"yo te acompañaría presiosa"

"No, gracias..."

"Tengo mejores cosas que hacer, como por ejemplo trabajar. De hecho, vosotros deberíais hacer lo mismo, inútiles"

Fue entonces cuando el hilo de mensajes se caldeó y dejó de aportar información útil. Suspiré con decepción y cierto cabreo, pero cuando estuve apunto de cerrar las ventanas, capté una sombra móvil por el rabillo del ojo. ¿Un espectro quizás? Volví a abrir las ventanas y observé atentamente. ¿Estaba ante un verdadero caso de vehículo fantasma? ¿Mis noches en vela valdrían la pena?

De eso nada.

Comencé a emocionarme, pero entonces escuché un portazo. Alcé mis prismáticos, pero en la oscuridad de las calle apenas se apreciaban dos figuras ensombrecidas en el interior del coche. Si algo me había enseñado la experiencia, es que los fantasmas no dan portazos. Bebí todo lo que pude de la lata antes de ponerme una chaqueta, coger las llaves de mi furgoneta y salir disparado por sucias escaleras del bloque. Encendí a Campanita, quité el punto muerto y me despedí de aquel parking al aire libre y continuo al bloque en menos de medio minuto. Iba tan rápido, que escuché el chirrido de la barrera automática rozar contra una esquina superior de mi furgoneta. Pero no me importaba la fortuna que me costaría reparar eso, solo quería destapar la verdad. Fui a fondo por la calle, giré en una suerte de derrape ignorando el stop, y ahí estaba: el BMz reanudando la marcha tras un semáforo. La experiencia también me había enseñado que los fantasmas y ese tipo de cosas tampoco solían respetar las señales de tráfico. Aceleré todavía más, hasta tenerlos a una moto de distancia del morro de mi furgoneta. Cambié a las luces de carretera, y les alumbré, pudiendo distinguir dos cabezas en los asientos

delanteros; los fantasmas no daban portazos ni respetaban señales de tráfico, pero desde luego que no se metían mano. Estos sí.

Me enfadé todavía más, apreté la cubierta de cuero del volante con fuerza y pisé el acelerador. Aprovechando que no venía nada por el carril contrario debido a la hora, lo invadí y me puse a su altura. Al principio no se habían dado cuenta de mi presencia a pesar de mi anterior conducción temeraria pero ponerme a su altura fue lo que me delató. Ambos me miraban como a un posible depredador sexual que les perseguía en una furgoneta marrón y destartada del año 2000 que petardeaba constantemente con un motor que indicaba a gritos que no le quedaba mucho tiempo de vida. Yo gruñí y me estiré sobre el asiento del copiloto, haciendo acopio de la manivela para bajar la ventanilla. Saqué una linterna de la guantera y les alumbré. Ellos me volvieron a mirar como dos cervatillos sorprendidos. El muchacho pisó a fondo mientras la copiloto le agarraba del brazo, obviamente asustada.

Solo se trataba de un par de adolescentes calentorros en el coche del papi de alguno de ellos. Descubrir que tantas noches en vela eran para nada; que la fianza de ciento cinco interdólares para alquilar aquel apartamentucho cercano a lugar del incidente no me sería devuelta porque me cargué la puerta...Sencillamente me sacó de mis casillas. Traté de perseguirlos, pero en menos de cien metros, los perdí. Mi furgoneta del año 2000 no podía competir contra un BMz en ningún aspecto. Bueno, quizás en causar impacto y miedo psicológico sí, pero de resto aquello era la tortuga contra la liebre. Me conformé con haberles dado un susto de muerte por haber jugado con mis sentimientos.

De vuelta a casa, y con los ánimos en el suelo, encendí la radio y entre decenas de canales con ruido blanco, pude sintonizar una emisora pirata de música vieja.

Y con *Stairway To Heaven* de fondo, me pregunté con amargura por qué coño seguía en aquella ciudad. Entonces recordé ese día hace poco menos de un año.

Un día en el que los planetas se alinearon para darme la razón por una vez: los sucesos paranormales existen. La prueba definitiva de que están ahí, pero es difícil verlos. Una prueba y un suceso, que fue visto por una ciudad entera; retransmitido por todas las cadenas de noticias locales y además se habló de ello durante meses en todos los medios conocidos. Internet literalmente explotó.

Yo dejé mi apartamento en Crow City solo para poder investigarlo. Únicamente en compañía de Campanita, mi fiel furgoneta y compañera de incontables batallas, unas cuantas barras de pan y bebidas energéticas

varias.

Pero al igual que Zero City me absorbió a mí, también lo hizo con ese suceso reventador de medios. Ni siquiera un año después todo el mundo parecía haberse olvidado de ello y vuelto a la monotonía de sus vidas. Con el tiempo los videos se convirtieron en supuestos montajes; las imágenes también. La prueba definitivamente de que yo siempre tuve razón, se hundió en el olvido de la misma forma que un artista de pop comercial es olvidado con el tiempo. De hecho sé de artistas pop que estuvieron más tiempo de moda que el suceso en sí. Indignante. Muy indignante.

Pero yo no pensaba olvidarme de ese día, y sé que ahí fuera habían muchos otros como yo que tampoco se habían olvidado de él. Aunque me sintiera como un detective de homicidios investigando casos de hurto en un supermercado siguiendo todos aquellos casos fugaces transmitidos únicamente en los foros locales de los bloques de apartamentos, el boca a boca o la simple y mera intuición, jamás olvidaré el día en el que prácticamente el mundo entero fue testigo de lo imposible. ¡Nunca!

Capítulo 2

Trasteaba con el móvil de manera frenética, ya que hasta a mí me costaba creérmelo. Todas las páginas de noticias hablaban sobre lo acontecido aquella mañana de febrero del 2026 y no había pasado ni una hora desde que se corrió la voz. *Twitter* ardía en llamas, *Facebook* y *Youtube* también.

*Oh, let the sun beat down upon my face
and stars fill my dream...*

La pantalla de llamada entrante interrumpió mi búsqueda.

—¡Andrew al habla!

—¡Andrew, soy yo! ¡Dime qué...! —Reconocí su voz en el aparato.

—¡Sí, ya estamos de camino! Internet está que arde; la radio y la tele lo mismo.

Campanita se sacudió de manera violenta, haciendo que se me cayese el móvil y rodara bajo el asiento. Me sujeté más férreamente todavía a la manilla del techo y bajé los pies del salpicadero.

—¡Quién no se haya enterado todavía es porque está totalmente ciego y sordo! —Comentó Arabella con una temeraria sonrisa, reclinada sobre el asiento y concentrada en esquivar a los demás vehículos de la autovía— ¡ESTÁS EN MEDIO, CABRÓN! —Pitó con insistencia a un sorprendido, y posiblemente, también asustado conductor.

—Propongo disminuir la velocidad, Arabelita de mi corazón, o no llegaremos vivos para contarlo —sugirió Scott con calma desde la parte de atrás, esforzándose en permanecer agarrado a nuestros asientos, ya que estaba de pie.

—¡Cierra el pico, Scottie, no pienso perderme esto! —Gruñó— ¡Y te he dicho qué no me llames así!

Arabella y Scott eran unos viejos amigos del instituto con los que me reencontré al llegar por primera vez en mucho tiempo a Crow City. Viajábamos allá donde fuese necesario en nuestra —más bien "*mi*"— Campanita, persiguiendo misterios y rumores propagados en cualquier medio a nuestro alcance. El rol secundario de ella era mantener a Campanita a punto, mientras que Scott se encargaba de las relaciones públicas y demás asuntos similares; es decir, la cara bonita de nuestra pequeña empresa. Mi cara no era tan bonita, pero sí que podía

encargarme de la electrónica y la informática.

Aunque algunos insistían en llamarnos cosas que van desde "chiflados", a "estafadores" e incluso "payasos sin un verdadero trabajo", pero yo prefería autodenominarnos como *cazadores de misterios*. Sí había algo en común entre los tres, ese algo era nuestra pasión por lo paranormal. Nuestro rol común era ese: investigar; demostrarle al mundo lo equivocado que siempre estuvo. A pesar de que casi siempre acabábamos limitándonos a destapar la verdad o simplemente quedándonos con más preguntas que respuestas, lo pasábamos realmente bien.

No hacíamos ascos a nada: investigábamos desde avistamientos de ovnis, que a veces se reducían a simples bolsas de plástico llevadas por el viento, a supuestas apariciones de hombres de negro, e incluso rumores sobre criaturas mutadas por vertidos tóxicos pululando por los sistemas de alcantarillado.

Era nuestro pequeño grupo de aventuras.

El reloj marcaba ya las 7:39, y en el horizonte se divisaba la primera línea de rascacielos de Zero City. Arabella aceleró más todavía. La ansiedad me invadía el pecho, y me preguntaba constantemente si aquello sería el mejor día de mi vida, o en cambio sería el mayor fiasco.

Había tanto en juego, que se me agarrotaba ligeramente el pecho. Tampoco ayudaba el hecho de que en todo el viaje, con tanto volantazo, en más de una ocasión viese relativamente cerca la posibilidad de acabar dando vueltas de campana.

Pero yo también quería llegar lo antes posible...

Cada vez estábamos más cerca de la ciudad...

Más cerca...

Más cerca...

Y finalmente lo vimos.

Allá en la lejanía, en la línea del horizonte, vimos por primera vez en directo aquello que tanto anhelábamos ver: un buque de carga transoceánico sobrevolar los cielos de Zero City, escoltado por numerosos helicópteros de la policía, el ejército y de los noticiarios locales. En los arcones, se veían los coches aparcados de forma improvisada, amontados, con sus respectivos pasajeros observando y grabando el suceso.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos, pero finalmente miré a

Arabella y asentí.

—Lo tenemos... ¡Lo tenemos, lo tenemos! —Bajé raudo la ventanilla y asomé la cabeza por ella, quizás buena parte del cuerpo también.

A pesar de que el viento me golpeó con algo de fuerza, no me importaba. Ahí estaba, desfilando para mí sobre los cielos.

—Imposible... —Negó Scott, todavía boquiabierto.

—¡No hay nada imposible, Scott! —Me metí dentro de nuevo— Recuerda nuestro lema: lo imposible es ficción. ¡Deprisa Ara!

Ella sonrió, se mordió el labio inferior de la emoción y se centró en llegar lo antes posible a la zona que sobrevolaba el navío.

—Cuando lleguemos a la ciudad, ya podéis ir relajando con la velocidad, o acabaremos matando a alguien. ¡Y eso no es bueno para la imagen de la empresa!

—Scottie tiene razón, Ara. Prefiero que no nos persiga la policía. Hoy no me levanté con ánimos de prófugo.

—Dicho y hecho.

A una velocidad dudosamente en la línea de lo prudente, nos abrimos paso por la congestionada ciudad. Una ciudad, donde todo el mundo miraba para arriba, casi sin excepción. Quien no miraba para arriba, era porque corría para ir a un lugar donde poder hacerlo.

Finalmente llegamos a las puertas del parque anexo al Museo Nacional de la Ciencia y la Tecnología, pero rápidamente descubrimos que una barricada improvisada de policías y furgonetas, también policiales, no nos dejaría pasar.

El buque por alguna razón se había comenzado a detener sobre los cielos del gran parque, que perfectamente le podría hacer competencia al Central Park de Nueva York. Recuperé mi móvil y tras poner la videocámara, enfoqué el navío, que para entonces ya se había parado completamente.

—Más les vale que no se trate de un anuncio multimillonario...—Dijo Scott, sin perder detalle.

—¿Acaba de salir del agua...?

—¿Por qué lo dices?

—Está chorreando...

Miré a Ara, y luego al buque de nuevo. Efectivamente. Tomé un par de fotos más, guardé el vídeo, me metí el móvil al bolsillo delantero de la camisa y pasé a la parte de atrás.

—Hora de trabajar. Veamos sin nos dejan acercarnos.

Ellos pasaron conmigo a la parte de atrás, y comenzamos a vestirnos con los monos grises de mecánico que Arabella tomó prestados del taller donde trabajó por última vez. Guardamos nuestro equipo en maletines, nos pusimos las máscaras antigás que obtuvimos tras una pequeña expedición a una fábrica de pintura recientemente clausurada por problemas financieros y abrimos las puertas de golpe, bajando en mitad del remolino de coches, gente y ensordecedores ruidos provenientes de los rotores del enjambre de helicópteros que sobrevolaban al navío.

La gente se apartó con expectación de nuestro camino, y nos miraban asombrados. Todos murmuraban ante un trío de supuestos expertos con su respectivo equipo de protección y que cargaba con un relativamente valioso equipo de medición en maletines negros de herramientas industriales y mochilas, de las que colgaban algunas cuerdas.

Por una vez me sentí una verdadera celebridad; todos se apartaban. Todos menos la policía. Ellos siguieron en su cadena humana, impidiendo el paso de los curiosos.

No le di tiempo de preguntar al agente. Alcé una tarjeta de visita y me limité avanzar. Por lo menos hasta que una mano me agarró del brazo.

—Andrew Sky, investigador privado de *Paranormal Company inc...* ¿de verdad? —Arqueó la ceja, escéptico. Puede que incluso estuviese conteniendo la risa.

Parece que la tarjeta de visita que tanto esfuerzo me costó diseñar e imprimir no le convencía. Las de Arabella y Scott tampoco sirvieron de mucho. No tardaron en mandarnos a paseo. Fue entonces cuando supe que sería necesario usar el plan B.

Nos reunimos a una calle de distancia del cordón policial, y planeamos sobre la marcha, ya que obviamente, no teníamos un plan B preparado. El plan A, especialmente improvisado por mí, en teoría debía de ser infalible.

—¿Y bien? Esos paletos no nos tomarán en serio ni en un millón de años.

Miré a Arabella. Tenía demasiada razón. Miré a Scott, a ver qué tenía que decir al respecto.

—¿Visteis a esa agente? Creo que cuando me levanté la máscara, me echó miraditas.

Scott no parecía por la labor.

—Podríamos quemar una papelera.

—Evitemos el vandalismo.

—O lanzar una granada de humo.

—También se considera vandalismo.

—¿Y si les volvemos a preguntar?

—¡Ya sé! Dejemos inconscientes a un par de polis y les robamos los uniformes —comenzó a lanzar puñetazos al aire, sonriendo.

El hecho de que Arabella fuera la más pequeña de los tres y a su vez la matona del grupo, daba que pensar.

Me puse en pie, pues empezaban a dolerme los talones de estar de cuclillas, y me apoyé contra un coche cualquiera. Solo se escuchaban helicópteros y sirenas, a parte del lejano murmullo de los peatones, concentrados en masa al final de la calle.

—Controlan el cielo...—crucé los brazos, inquieto—, y la superficie también...—divisé una tapa de alcantarilla junto a nosotros—. ¿Pero... y el subsuelo?

Ambos me miraron con expectación, en especial Arabella, que dibujó una lenta sonrisa en su rostro, mientras se erguían.

—¿Las alcantarillas..? —Dejó caer Scott, dudoso del plan.

—Entrar por la superficie ya no es una opción. Y por aire...Bueno, ya me gustaría a mí tener presupuesto para un helicóptero, pero con el que tenemos a duras penas llenamos el depósito de la furgoneta.

—¿Y si nos perdemos? He leído que eso ahí abajo es laberíntico; una especie de ciudad subterránea.

—¡Yo tengo un superwaffle en el bolsillo! Sobreviviremos —bromeó Arabella. O eso creo.

—Bueno, está bien...pero una última cosa...—se rascó la cabeza con algo de vergüenza por verse obligado a poner tantas pegas al precario plan—. ¿Cómo sabemos qué ellos no han pensado lo mismo?

—Solo hay una forma de comprobarlo. Entre más tardemos en bajar, más posibilidades habrán de que nos acabemos cruzando con ellos —les miré, parecían de acuerdo conmigo—. Para no perdernos intentaré descargar un plano de Internet, pero hay que empezar a moverse ahora.

Asintieron y yo comencé a deslizar con premura el dedo sobre la pantalla de mi móvil, hurgando en la red como estaba acostumbrado a hacer. Mientras tanto, Arabella volvió a la furgoneta a por una pata de cabra. Scott se quedó curioseando la tapa.

—Encontré uno. Según esto el plano es del 2021, pero es lo mejor que tenemos.

—Esperemos que no haya cambiado mucho desde entonces.

Arabella apareció repentinamente, e incrustó el extremo de la pata de cabra por uno de los orificios de la tapa. Nos vimos obligados a hacer palanca entre los tres, pues se resistía endemoniadamente, y cuando por fin conseguimos levantarla apenas unos centímetros, se mascó la tragedia. No había contado con que las tapas de alcantarilla tuviesen sistemas de alarma.

—¿¡Pero qué...!?! —Arabella se tapó los oídos, era bastante ensordecedor el ruido que causaba.

—¡Ahora sí que tenemos que darnos prisa! —Terminé de levantar la tapa y la tiré a un lado.

Ellos se descolgaron por las escalerillas de metal, bajando tan rápido como podían permitirse; yo bajaría el último, pero no sin antes comprobar la manera en la que habíamos llamado la atención: todos los vecinos de la calle, que observaban el espectáculo aéreo desde sus balcones y ventanas, me miraban.

No pude evitar saludar y bajarme la máscara de gas. Como era el último, puse la tapa de la alcantarilla justo antes de comenzar a descender por aquel conducto iluminado únicamente por una luz rojiza e intermitente proveniente del sistema de alarma.

—¡Andrew, aprisa! ¡No creo que esas alarmas estén de adorno! —Me

apuró Scott desde el fondo.

Salté el último par de metros, y alcancé mi móvil desde el bolsillo, para poder ver el plano. Ya no había marcha atrás, así que fui el primero en adentrarme por el estrecho y oscuro conducto que daba al laberíntico sistema de alcantarillado.